



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



V – La traición de los emires 25 – El extraño hijo del rey Juan

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2019

Número de páginas:

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

25 – El extraño hijo del rey Juan

De cómo Baïbars llega a Génova, en donde el rey Juan le condena a muerte, y de la aparición del hijo del rey Juan, un monje extrañamente ligado al malvado Yauán, al que conocimos como visir Salâh El-Dîn, en la corte del rey El-Sâleh...



Volvamos ahora a Marín y a Martín de las Cadenas que, durante el tiempo transcurrido, habían llegado a Génova, en una travesía sin incidentes. Apenas desembarcados, enviaron un mensajero para anunciar al rey Jean de su llegada sanos y salvos. El *rey*, muy contento al conocer esta buena nueva, reunió de inmediato un buen número de patricios y barones, y bajó hasta el puerto en su compañía; allí, los dos hermanos le informaron de que habían conseguido coger prisionero al emir Baïbars y a numerosos jóvenes musulmanes. El *rey* Juan, no cabía en sí de gozo, y ordenó que hicieran desembarcar a los cautivos y los trasladaran a la ciudad. Pero el patriarca de la basílica de El-Kâf¹ se interpuso y dijo:

- Mejor, déjame a mí a esos jóvenes: yo los mantendré custodiados en la basílica hasta que hayamos arreglado todo este asunto con el rey de los musulmanes. Estoy seguro de que no va a querer dejarlos aquí cautivos y no ha de tardar mucho en reclamarlos, e incluso puede que también a otros... En fin, este es mi consejo, *figlione*.

- De acuerdo, *padre*, se hará como tú digas –respondió el rey–. Llévatelos a tu casa, supongo que será el mejor lugar.

De modo que el patriarca se los llevó a la basílica de El-Kâf, en donde les asignó las mejores y más hermosas habitaciones, e hizo que les sirvieran exquisitos manjares.

El *rey* Juan, se volvió hacia Baïbars y le cubrió de injurias y de insultos, acompañados de todo tipo de amenazas de muerte.

¹ Otro nombre imaginario, como casi todos los que aparecen en el Baïbars.

- ¡Te juro por mi religión –concluyó el rey–, que no has de vivir mucho tiempo! ¡Justo lo que tardemos en llegar a la sala de mi Consejo, en donde haré que te *ammentare la cabeza*¹!

- ¿Crees que me vas a impresionar, canalla? –replicó Baïbars–. ¿Piensas que yo, Baïbars, le tengo miedo a la muerte? Pero te voy a advertir de una cosa: ¡por el honor de mi religión, que no pienso entrar en vuestra ciudad si no es montado a caballo! ¡De otro modo, no tenéis más que matarme aquí mismo, si tanta prisa tenéis!

- Está bien, está bien, ¡tendrás tu caballo! –se burló el rey– ¡Si imaginas que eso te va a prolongar la vida!

Hizo que trajeran un soberbio alazán pura sangre, que Baïbars montó de un salto. Para mofarse, el rey Juan ordenó a los grandes del reino y a los soldados de su escolta, que echaran pie a tierra, y entraran en la ciudad andando de esta guisa. En cuanto llegaron a la sala del Consejo, el rey se sentó en su trono y dio la orden de que ejecutaran a Baïbars; le colocaron en el tapiz de sangre², y el verdugo se colocó detrás de él, blandiendo la espada, y esperando la señal del rey Juan.

En ese mismo instante, un joven monje hizo su entrada en la estancia: se trataba de Yohannet, el hijo del rey. Se decía que había resucitado de entre los muertos gracias a la intercesión del sacerdote Yauán; pero ya hablaremos más adelante de este asunto.

Al verle llegar, el rey Juan se levantó para darle la bienvenida, al igual que todos los allí presentes, que le saludaron dando muestras del más profundo respeto. Una vez que tomó asiento junto a su padre, le preguntó acerca de Baïbars:

- Dime, babb, ¿quién es este hombre, y qué crimen ha cometido para merecer así la muerte?

- *Figlione* mío; es un musulmán capturado por el sacerdote Yauán, hijo de Asfût, que nos ha ordenado ejecutarle y, como tú bien sabes, nosotros no podemos desobedecerle. Además, ¡por culpa de este *marfûs*, tu hermana cayó en manos del bandido Maarûf, que la convirtió al Islam y después se la llevó al huerto! ¡y por su culpa nosotros somos ahora la irrisión de todos los reyes francos!

- Si por mí fuera, oh *babb* –repuso Yohannet–, yo soy de la opinión que haría aplazar la ejecución y me lo confiaras para encerrarlo en la prisión de mi palacio, hasta que las aguas vuelvan a su sitio. Pues seguro que el rey de los musulmanes, cuando sepa que Baïbars está aquí, junto con los otros musulmanes hechos prisioneros en Alejandría, bien podría ser que viniera a atacarnos.

- ¡De acuerdo! Llévatelo a tu casa, *figlione*. ¡Solo una cosa, vigílalo bien, que no se te escape!

¹ En lengua franca “cortar la cabeza”.

² Tapiz en el que colocaban de rodillas al que iban a decapitar, con objeto de que al cortarle la cabeza no rodara por el suelo de la estancia, manchándolo todo de sangre, sino que quedara sobre el tapiz.

Yohannet se levantó y regresó a su palacio, llevándose a Baïbars fuertemente encadenado; cuando llegaron a su destino, lo encerró con dobles llaves en una mazmorra, en la que nuestro héroe pasó el resto del día, totalmente aislado. Pero, bien entrada la noche, Yohannet vino a visitarle; le saludó cortésmente y le dijo:

- ¡Nada temas, emir! Has de saber que yo soy musulmán, como tú: me gustaría liberarte de esas cadenas, y contarte mi historia, quién soy yo, por qué estoy aquí, cómo me he convertido en el hijo del rey Juan... Es una historia que merece la pena ser escuchada... Solo que, temo que no aprovechas esto para abalanzarte sobre mí y matarme, dado que los dos estamos solos aquí..

Intrigado por este misterioso relato, el emir Baïbars juró por el Supremo Nombre que no intentaría nada contra él. Yohannet le liberó de las cadenas, lo que le vino muy bien, pues casi le habían estrangulado; luego le condujo al salón, en donde le ofreció una bandeja repleta de viandas. Los dos compañeros cenaron con apetito, se lavaron las manos y sentaron confortablemente. Entonces Baïbars pudo preguntar a su huésped:

- ¿De modo que tú eres musulmán? ¿Y qué haces entonces en este país?

- ¡Ah, emir! Es una larga historia... Pero antes de nada, tengo que contarte la del cadí Salâh El-Dîn, y te explique por qué fue a El Cairo y se puso al servicio del rey El-Sâleh... De hecho, en el fondo, es la misma historia.

**** * * * * *

Próximo relato de “La traición de los emires”

26 - “Las infancias de Yauán”